

De: "Buenos días fusil"

Se anuncia la tragedia

José Luis había llegado a la ciudad ya entrada la noche. Hora de tibieza romántica en la ilustre capital. Luciéndolo un renegrido alazán había hecho su entrada rodeando la umbrosa avenida del histórico Prado, la misma que ya entraba en su ciclo destructor de europeización donde las parejas, escapando de las miradas, tímidamente daban fin a sus idilios vespertinos.

Habían transcurrido dos semanas, tiempo en que el flamante doctor preparaba su viaje para ir a radicarse en la ciudad del blanco Illimani. En esto, llegó el mes de julio bañando con sus extraños arboles de sangre nunca vistos, todos los horizontes patrios.

Se habla de encuentros en Laguna Chuquisaca. De la muerte heroica del oficial Arévalo.

Virtualmente, la hoguera ya fue encendida por un adonis imberbe; hasta que, quince días después y en momento -en que el pueblo de Murillo festajaba pomposamente con un baile colonial-, en cruel contraste con la «olla del pobre», fue confirmada la dolorosa noticia. Ya no se trataba de simples rumores de incursiones de tropas paraguayas o la represalia de los bolivianos efectuada con escasas escuadras de soldados. La provocación del padrino presente en la pila bautismal de Pitiantuta, ya era irremediable. El objetivo oculto de quienes buscaban la guerra creyendo que iban a jugar con soldaditos de plomo, ya estaba cumplido.

Los comentarios del pueblo y en particular de los viejos tradicionales políticos había recrudecido en la histórica capital; igual fenómeno sucedía en las del resto del país. Acontuaban la tragedia los pronósticos agoreros de la repentina aparición de arboles de fuego durante todas las tardes de aquel mes. Era un horizonte bañado de sangre, encendiéndose al rojo vivo en la entrada de la noche, en las cumbres del Malmisa. El Obispo y la trágica cumbre de Chataquilla. Era una ancha franja roja con tonalidades que iban bajando del púrpura al cardenalicio.

Contaban las viejas tradiciones, que igual llamarada de fuego se observó durante la injusta guerra del 79. Todo coincidía con los aprestos de temor y comentario de lo que podía venir días más en la baja pampa chaqueña. Día a día, las noticias alteraban la vida apacible y estudiosa de la ciudad de los Cuatro Nombres. Junto a los bancos de la plaza «25 de Mayo» y situados bajo la sombra de los «gamonales» arcistas, se habla y comenta sobre los antecedentes y curso de los acontecimientos iniciados por un oficial, mayor de edad, representante comedido de Marte.

Los viejos guerristas, trazan sobre las baldosas de la plaza capitulina caprichosos croquis, al mismo tiempo que hacen cábalas sobre lo que es la guerra y sobre lo que debe hacerse; sobre lo que hizo aquel mayor de edad -al ocupar la parte occidental del Gran Lago, bautizándolo con Laguna Chuquisaca-. Se discute y pone en juego el criterio del Presidente de la República a objeto de evitar la guerra.

En vertiginosa carrera apocalíptica se sucedían los acontecimientos, lo que dio lugar a la suspensión del viaje del flamante jurista.

El promotor, confiesa desde larga distancia, que del lugar de Laguna Chuquisaca al fortín más próximo, dista la friolera de 120 kilómetros; sin caminos, medios de comunicación, sin ninguna organización logística. Había solicitado refuerzos, medicinas, víveres e instrucciones. Todo esto veía a demostrar «la imprevisión del alto mando militar». Parte de la tropa del imberbe comandante, dice, se dio en desbandada, replegándose hasta Camacho.

El sacrificio siguió bajo el signo de Marte. Moloc comen-zó a tragarse uniformados de caqui. Arévalo, Ramírez, Lunda, Tejerían, Ustáñez, Villa, Aguirre, habían señalado la ruta del sacrificio y heroísmo, mientras territorialmente se cernía un cerco de hierro y hambre en torno de Boquerón.

En la blasonada capital, las noticias y desazón crecían día a día. Toda la juventud que antes paseaba orgullosa de sus inquietudes intelectuales y sana rebeldía y los más en sus talleres artesanales, se encontraba mustia ante la guerra ya inevitable, esperando el llamado de su conscripción. Para el doctorcito Guzmán, como para el resto de su generación, pronto habrá cambiado el panorama, transformando por completo la vida e inquietudes de toda aquella generación. Pronto, muy pronto, tendrían que lamentar y

añorar las viejas tradiciones lugareñas y las inolvidables noches de Sucre, cuando las pandillas noharniegas deambulaban por las pintorescas y coloniales calles de «Tres Molles», «San Roque», «San Calixto» y «Santa Ana» en busca de camorra o de alguna farra donde se podía alegrarse y hacer el amor con poca plata. Lo que aguardaba, ahora, a esa juventud, eran los días y noches sin fin y sin nombre, donde el agua se encontraba en el rasguño hiriente de la caraguata, donde el sol parece ser el más cruel enemigo, donde la avara sombra del bosque ralo era el más traicionero y donde el hombre se convierte en «lobo del hombre».

Mientras tanto, la «hora 25» ya había recorrido varias veces por su círculo de fuego y muerte en las selvas y pampas chaqueñas; mientras que la ciudadanía engañada, deliraba en manifestaciones chauvinistas.

El regimiento «Sucre» y otras guarniciones, ya habían sido despedidas rumbo al «Infierno Verde», ahora sólo faltaba que los comunicados falsos informaran sobre su heroica caída; pero sin decir que fue en el campo del abandono, la desesperación, hambre y sed.

El pueblo delirante de patriotismo, estaba lejos de la verdadera realidad. Nadie analizaba el pro ni el contra que consigo trae toda la guerra, máxime si ésta fue fraguada al calor de la irresponsabilidad y la miopía de los sibaríticos generales que no conocían el Chaco y que tampoco contaban con el valor, iniciativa y voluntad para conducir la campaña. Nadie pensaba que la tierra virgen del Chaco, muy pronto se convertiría en un inmenso osario. Tierra que nada tenía de patria rural o indígena y, si bien algo le quedaba de lo segundo por sus tribus selvícolas, éstas se encontraban en la maraña del bosque o en la orilla del Pilcomayo, junto a los palmares, «chulupis» «chiriguanos», «lenguas» y «guaycurús», todos identificados con la vida animal y la crueldad de los espinos.

Toda aquella juventud, muy pronto tendría que actuar en aquel escenario que no era colla y, que por el contrario todo sería olvido: olvido de hombres y a parecer hasta de Dios.

Para toda aquella juventud que esperaba la llamada de ordenanza, pronto, muy pronto, sólo habría el ayer y el hoy. El ayer despectivo de indio bruto mañoso, y cholo refinado; el hoy de compañero, hermano y camarada; el ayer de estudio, madre y novia y tal vez el mañana de desesperación, sed y muerte; el ayer de tardes de música y vida; mañana tal vez el ruido de metralla y obuses. Quizás todo esto era lo que aguardaba a aquella juventud que, optimista y engañada, comenzaba a golpear las puertas de los cuarteles en arranque de delirante patriotismo, pidiendo con rebeldía la entrega de uniformes y armas.

En esto se produce un acontecimiento inesperado; mientras los llamados a banderas esperaban en la puerta del cuartel «Sucre», el Mayor de Plaza, atrabariario y megalómano, ordenó el reclutamiento de ciudadanos no comprendidos, aún, en el llamamiento. Esta determinación de abuso, fue otra prueba de la falta de organización y de los que más tarde haría el mismo comandante Perrado «en los campos de desolación del Carmen». Días después, aquella tropa despedida con bandas de músicos y lágrimas, había estado de retorno en Potosí; en tanto que ya se realizaba el «llamamiento de las reservas de 1920 a 1925». Una juventud selecta de estudiantes, profesionales y obreros calificados llenó el cuartel histórico de «San Francisco». Es el glorioso «Destacamento 111». Allí estaba enrolado el doctor José Luis Guzmán vistiendo el uniforme verde caqui, con botones y correas que llevan el «Águila Americana». El resto de la tropa. Orgullosa de verse convertida en guerreros de la patria, no presente que ese uniforme, en breve, servirá para unos de mortaja y para otros, ser deshilachado por las caraguatas y «uña de gato». Habían sido las sacrificadas madres quienes con cariño y silenciosas lágrimas, acomodaron el talle al cuerpo de cada hijo, aquel mamarracho de uniforme que tenía como complemento «polainas con ballenas», posiblemente saldos de la ayuda imperialista a los soldados de Medio Oriente. Eran madres por cuyas mentes, tampoco cruzó la idea macabra de que por las costuras de aquella vestidura arreglada con amor y oraciones pasarían en festín los piojos, gusanos y hormigas

carnívoras. Toda aquella juventud alegre, cívica y romántica que transitaba por las calles blancas de la capital y que al retornar de los caricaturescos ejercicios y marchas forzadas, pasaba sobre sus empedradas calles entonando canciones guerreras y, aquel baile convertido en himno del soldado y del pueblo: «Destacamento 111».

Así fue como aquellos novatos guerreros, plenos de patria e ideales ya tenían un nombre: soldados del «111», además de su homónimo baile que en todo momento y circunstancias salía a flor de pecho.

El doctorcito Guzmán formaba en aquellas filas. ¡Qué lejos estaban todos de lo que les esperaba en aquel «Infierno Verde». Todo sería muy diferente a los exponían en sus clases don Rufino Salazar y Tata Cleto, lejos de la verdadera realidad: Chaco sin ríos, sin cerros, sin trigales, alegría ni sueño...

José Luis había olvidado, por la impresión de los aprestos guerreros y las continuas motivaciones patriotas del pueblo, que con euforia los empujaba a la guerra, todo lo que días antes había manifestado a los compañeros indios del Mangonal. Sus proyectos de traslado a La Paz, ya no tenían representada mente de soñador revolucionario. Ahora era un soldado más, para eso lo había formado la universidad. No quedaba más que pagar el tributo a la patria representada en esos momentos en aquel ignoto ángulo del Chaco y en la irresponsabilidad que despoéticamente y como cosa propia, comenzaban a conducir los altos mandos. Estaban ya lejos sus proyectos idealistas en favor del indio; de la derogatoria mediante un cambio de gobierno en aquel monstruoso derecho consuetudinario que su madre y el resto de los latifundistas practicaban a su libre albedrío, apoyados en la Cédula Real de Felipe II.

El nuevo partido que pensaba fundar y que ahora se frustraba con la guerra, ya no prosperaría mientras duraba la conflagración bélica; pensaba, que ya no era posible programación revolucionaria alguna que libere al indio. Sin embargo, aún le quedaba la esperanza, de que pasada la guerra, podía con mayor ventaja llegarse a un cambio de vida; pero, siempre que en ella intervengan los indios; pero... ¿Cómo? ¿Y el estado actual de ignorancia de éstos? ¡No puede ser...! Todo hacía pensar que, al igual que a los mineros, también a los indios se les declararía en comisión. Éste era el criterio, interesado, de los terratenientes y de los políticos dueños de tierras. Por otra parte, el rumor era insistente en sentido de que la guerra iniciada en Laguna Chuquisaca y continuada ya dramáticamente, en Boquerón, Corrales y Toledo, seguiría en el resto de los fortines hasta llegar a Muñoz y Saavedra, donde indefectiblemente concluiría. Se confiaba, asimismo, en la presión diplomática y la «paupérrima» situación del minúsculo pueblo del sudeste; pero, en lo íntimo, pensaba que aquella guerra no era cuestión de territorio más o territorio menos; sino la defensa y prestigio del «honor nacional». Sin embargo, todo aquello, no dejaba de ser un obstáculo para llegar a la liberación del servaje indio y la independencia económica de la nación. Ahora, sólo quedaba la confianza de que al final de esta contienda y pese a los horrores que toda guerra trae como colateral, podía salir de ella y a la luz, todas las lacras nuevas de nuestra azarosa vida republicana, así como el sojuzgamiento esclavizante e injusto de las mayorías nacionales. ¡Sí! Y como consecuencia tiene que venir una Constitución socialmente justa y políticamente libre, pensaba.

**Luis Carrasco Salinas. Sucre,
profesor y benemérito del glorioso
Destacamento «111»**

